





# PERIFERIA



V. G. Valencia

PERIFERIA



Primera edición: abril de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© V. G. Valencia

© Ilustración acuarela: Isabel Manchón de Berlanga

ISBN: 978-84-18663-68-0

ISBN digital: 978-84-18663-69-7

Depósito legal: M-11151-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres por un amor  
auténtico y único.  
A mis queridas hijas sin las  
que no sería nada.*



## PURO INVENTO

Olalla había desaparecido y en la empresa ni siquiera se le buscó reemplazo, era perfectamente prescindible, era cuestión de abusar un poco más, eso era realmente inapreciable en un día de trabajo.

Pero ahora debo empezar por uno de los principios de mi historia.

La visión de aquella ciudad me pareció la alegoría del castigo, y una niña de trece años no tiene entidad para soportar tan espantosa premonición. Y dentro de aquella alegoría estaba un barrio que parecía concentrar toda la fealdad de las poblaciones en crecimiento indigerible. Coronaba la fealdad el espantoso ruido de la tan próxima estación de Renfe. En ese barrio se ubicaría mi nuevo hogar. ¡Hogar!, ¿y mi casa?, ¿por qué me había quedado sin mi casa?, ¿por qué me encontraba sin casa, sin vecinos, sin pandilla, sin campo y sin libertad? «Yo no era más que mi propia fuga», las palabras de Cortázar resonaban torturándome.

Allí entramos con el asombro desolado del desamparo, un piso vacío que llenamos de maletas y bultos que

precisaban orden, todas nuestras pertenencias materiales en unos cuantos paquetes, y todo lo inmaterial sin hallar aposento ni en la memoria.

Lo mío en estos aciagos primeros meses fue delirio regionalista. Llegamos en septiembre y en octubre mi tío me mandó membrillos del pueblo, que sabía que me gustaban muchísimo. Yo me tiraba en el suelo de la cocina membrillo en mano, pelándolo y sin cesar de llorar —con la fruta tenía algo de lo desaparecido en este desahucio de emigrante— y me aferraba a ellos perdiendo agua —porque el membrillo ahoga— y vida. Mi madre me los tenía que quitar con profunda tristeza en su mirada. ¡Pobre madre!, la habían incapacitado para proteger a sus hijas y esto debe doler más de lo soportable.

En ese mismo mes cumplía catorce años, ya podía trabajar, así que entre semana buscaba trabajo yo sola, luego con dos niñas que conocí en un polígono en mi misma situación. Íbamos de polígono en polígono y de nave en nave con la sensación de mendigar, aunque el trabajo «dignifique». Algún sábado —porque se trabajaba los sábados— quizá me acompañase mi padre, solo tengo recuerdos como en ráfagas, y en esas ráfagas se perciben tristezas, porque para nosotros llevaba humillación implícita esa búsqueda en lugares tan, tan feos. Pero yo solo pensaba en mi padre, que fue maestro de oficio, con la clase que da el gremio y el orgullo de ser artesano, y con varios muchachos a su cargo; dinero no daba (eso no), pero humanidad, sí. Yo lo miraba brevemente leyéndole cada agonía, así fue siempre con

él, siempre buscaba en sus ojos, y así lo quise siempre profundamente.

Tras mucho buscar —no recuerdo buenos tiempos para obreros—, me dieron trabajo en una fábrica de juguetes. Entraba de aprendiz, así que tendría el trabajo que decidiesen las oficialas, y, en cualquier caso, el que menos les gustase.

Mi aspecto era de provinciana en todo: mejillas saludables y prontas a profundizar en el rojo, ojos asustadizos e idiotez en el rostro por el continuo asombro y la continua impresión de moverme sobre arenas movedizas. Mi vestuario aún me delataba más, nada que ver la moda de un pueblo, o más bien la ausencia de moda, con lo que llevaban estas chicas de un «pueblucho» de Madrid. Aunque yo en esto ya estaba curtida, mi madre me mantuvo con las mallas bajo falda cuando todo el mundo llevaba bonitos pantalones y de campana. No tuve la bastante creatividad para salvar esta situación, me enfrentaba a diario con una sensación espantosa de ridículo, deseaba desaparecer, o al menos, ser invisible de cintura para abajo, lo cual, transcurrido el tiempo parece simbólico ya que siempre tuve clarísima mi desventaja por haber nacido mujer. En imágenes: el rodete en la cabeza y la carga de ropa tras lavar en el río, cinturas cimbreadas por chiquillos, sumisión y abusos de todo tipo y en mí el miedo por si la sangre traspasaba el pantalón con tan pocos años, la imposición punitiva de coser y no leer, la obcecación adulta por la seriedad, el trabajo y el sacrificio; y la seguridad de que todo me costaría mucho más que a un chico.